

Para(ellos)

Y es que, en el otro lado, en el mundo de regordetes con panza de birra, pantalones de fútbol agujereados, pulmones de humo que tapan el olor a chivo, adolescentes de narices blancas y changas con muchos changos, es que se encuentran los otros. Si los otros, aquellos engendros, haraposos, sucios y malnacidos pibes y pibas que tienen la mirada llena de odio e ira. Estas palabras llenas de significado, tapujadas bajo un lenguaje “elevado”, se podría decir, he escuchado repetir a Néstor, un doctor de unos 45 años, clase media y familia tradicional (nena, nene, mujer y mucama).

De seguro no tienen casa porque nunca agarraron una pala en su vida, mi viejo a los 12 ya me llevaba con las ordeñadoras y me enseñaba lo que era laburar. A estos no los cambias más, olvídate, todo el día rascándose, pero claro, para cobrar la asignación universal, si eh. Le contaba Oscar a su esposa mientras veía en el noticiero que una familia sin lugar donde vivir había ocupado un terreno baldío con dueño.

16 años y dos changos, los trae todos sucios a la escuela y mi Clarita tiene que aguantarles el olor. Quejas de Susana a otra madre a la salida del colegio.

Al parecer sí, son ellos, los del otro lado, los burros, los que no saben nada, los del barrio peligroso, los de la casa que es rancho y los de la ropa sucia. Si son ellos, los chorros, los choriplaneros, los mugrientos y los negros. Pero ojo, no hablan de negros por color de piel, hablan de negros negros, negros de mierda, de alma, esos que son la mayoría, pero algunos se rescatan.

Me propuse realizar este escrito con el fin de comprender a la sociedad, hice memoria y las frases desagradables, racistas y discriminadoras eran muchas, elegí las más descriptivas. A modo de expresar mi pensar, o más bien gritarlo elijo mostrar una parte de la sociedad la cual conozco, de la cual fui parte sin ser, gran parte de mi vida. Estoy hablando del lado bueno, celeste, económicamente estable y tradicional.

Juro que he intentado hacer memoria y llegar a un porqué la gente piensa como piensa, y ahí, uno de los datos que primero saltó en mi mente: las personas de mi entorno que presentan rasgos más tradicionales, acomodados y hegemónicos, de 30 años en adelante, que no estudiaron o si lo hicieron se academizaron en el ámbito de la lógica y la matemática presentan, dentro de las esferas que participo, comentarios racistas y

despectivos hacia las clases sociales más bajas. Es como si hablaran de un mundo aparte, de otra realidad, la cual sólo importa si interfiere en su vida.

Mi abuela muestra compasión en sus plegarias a Dios, pero cuando voy con algún amigo de la plaza, “medio oscuro” como dice ella, no puede perder oportunidad de realizar comentario sobre el hecho. Otro caso es el de mi tía, muy bien posicionada, se supone comprensiva con la vida, ya que le toco tener una hija con Síndrome Down. Sin embargo, cada vez que pasa por el centro y ve a una mujer con sus hijos en la calle pidiendo, parece olvidar completamente el hecho de que las cosas no siempre salen como uno espera, y, sin pensarlo mucho, esboza un “que negra de mierda, mira si va a tener a esas criaturas así”.

Por otra parte, debo destacar, que he conocido este último año personas dentro del ámbito universitario y en mi círculo amistoso consientes de las diferentes realidades y en busca de un mundo más equitativo. Repito, la diferencia que encontré de pensamiento entre estas personas es: la edad, el grado de escolaridad y si habían estudiado o tenían afán por temas sociales y políticos.

Casi, en fin, mi propósito es observar que pensaba la clase social media o alta sobre las crisis, sus vidas, su forma de ver la economía y el país. Pero en esa búsqueda me topé con repeticiones que, por alguna razón, siempre parecen estar de un lado, ese lado bueno, en el que lo malo es que hayan subido la luz y las luces de la pileta no se pueden dejar prendidas toda la noche. Pero qué se yo, se poco, sólo lo que veo y puedo entender, no más. Los que verdaderamente tienen la palabra son las personas de ese lado malo, olvidado, callado. Aquellos a los cuales la salud parece estar en último nivel y su preocupación más grande es poder, aunque sea, rasguñar para sobrevivir en el pozo.

Y es que parece que hablo de batallas entre nazis y judíos, españoles y nativos, estadounidenses y africanos. No son tal cual la definición de esos casos, pero varios rasgos coinciden. Es loco que, dentro de la Argentina, un país democrático, que dice ser acreedor de los Derechos Humanos no sepa qué hacer con la pobreza. De alguna forma intentan mantener a la gente contenta que no llega a fin de mes con planes esporádicos, un par de pesitos que sirven para que por un tiempo no se quejen y vaya a ser que, el presidente tenga que soportar.

El llanto, el lamento de la gente del lado bueno, de los fieles votantes argentinos, cultos y enojados por la falta de seguridad a causa del lado malo tiene que ser saciado.

Y la presencia policial tiene que tener un plan. ASUSTAR, REPRIMIR, ORDENAR, todo aquello que este fuera de lugar, que demuestre desprolijidad, enojo y quilombo. Bien a lo Harry Potter pretenden con una manta de invisibilidad hacer que la manzana podrida desaparezca. Los mantienen abajo y los vuelven dependientes del Estado, no se busca que se salga de la situación, sino que se perpetúe y eso es lo que me resulta ilógico. ¿No es acaso el Estado el que debe garantizar la movilidad social, el cumplimiento de los derechos básicos humanos? El intento siempre fracasa y con una lupa parece no poseer el nombre de intento.

Nos preocupamos por un súper clásico futbolero, lo cual no menosprecio, cuando en los barrios más pobres, a causa de la tormenta, niños y niñas no pueden ir a la escuela, comer o dormir sin que el agua los enferme y los alcance, los devore por decirlo de alguna manera. Mientras gente va y viene en vuelos de más de 80.000 pesos, el pibe de la esquina se mata vendiendo pan casero y no llega ni a pagarse la luz. Las realidades en las que vivimos son tan, pero tan desiguales, que, impulsados por un pensamiento individualista parece que en la comodidad de los cómodos la desigualdad no parece ser un problema que a ellos les competa. Vivimos en un país en donde la justicia condena a quienes quiere y se le da la gana. Un lugar en donde, una persona después de cometer un delito y pagarlo en la cárcel carga con una mancha en su expediente, en donde luego, cuando salen, nadie, ni por milagro quiere contratarlos. Entonces ¿De qué reintegración estamos hablando? Estamos en el país en donde reinsertarse es sinónimo de volver a la misma, porque no queda otra, porque ya te mandaste la cagada y eso no eso no se borra.

Haciendo foco en la pobreza, es innegable que las cosas para muchos han cambiado en los últimos años. La revista Anfibia expone: un frasco de yogurt cuesta casi 5 viajes en subte, y eso que el subte está caro. En el bodegón del barrio sacaron algunos cortes de la parrilla: por el precio ya nadie los pide. De la compra mensual en el hipermercado pasamos al abastecimiento diario y riguroso. Todo es nada cuando escuchas que los que construyeron una casa gracias al PROCREAR tuvieron que sacar otro crédito para pagar las cuotas.

El 75 por ciento de las y los latinoamericanos piensa que la clase dirigente gobierna sólo para los poderosos, que la democracia funciona sólo para unos pocos. Y las estadísticas lo confirman, no sólo pasa en la Argentina, si observamos la riqueza total del mundo veremos que el 80% de todo el dinero se encuentra concentrado en un 20% de la

población. Quedando así un total del 20% de las ganancias para el 80% de la población. La desigualdad es evidente y aun así, nos siguen engañando con el famoso cuento de la meritocracia. “Que con esfuerzo y dedicación todo se puede”, que “las oportunidades están, solo hay que saber aprovecharlas”. Ese es el viejo cuento, que hace que la ilusión se mantenga latente. Lo cierto es que desde esta mirada se obvia un punto importante, el origen. Cada persona nace en distintas condiciones, pero la meritocracia vendría a ser ese sistema que viene a cambiarlo todo, a dar justicia y lo que cada uno merece. Pero ¿qué pasa cuando los puntos de origen no son los mismos y el esfuerzo de un pibe de la villa para poder educarse, higienizarse y ayudar a sus padres con plata para comer implica muchas veces más esfuerzo que para su compañero el cual tiene agua caliente, techo, contención y comida todos los días? Ahí deberían entrar las políticas públicas, la creación de universidades, el apoyo psicológico estatal, la creación de becas y sobre todo una educación que reconozca sus dificultades, comprenda sus esfuerzos y ayude a una mejora social. Algo que se debería cultivar, reconocer e implementar eficientemente. Pero, de todas formas, no es así, la receta siempre parece caducar ni bien se ejecuta el primer paso.

La revista Anfibia expresa que los gobiernos latinoamericanos parecen conocer la receta de la mejora: el aumento del salario mínimo, las acciones contra la inequidad de género, el impulso del empleo y la inversión, los impuestos a la renta y a la riqueza, el desarrollo de programas sociales en materia de educación, salud y protección social. Si se conocen las recetas, si se trata de gobernantes elegidos por la mayoría, ¿por qué no se ponen en la mesa? La respuesta está en descubrir quiénes se benefician y quiénes no. Le llaman “captura del Estado” al procedimiento global por el cual las élites económicas logran políticas públicas que las benefician, más allá del costo social. Documentos prueban que América Latina y el Caribe conforman la región más desigual del mundo, algo que no tiene que ver con los balances económicos sino con la gestión política.

“Esto solo se explica por la falta de calidad democrática.” ¿Qué define la calidad democrática, entonces? El reconocimiento de la igualdad de derechos de todas las personas por igual. Un principio que no implica solo la capacidad de voto sino la posibilidad de participar en el proceso de toma de decisiones colectivas.

“Democracias capturadas: el gobierno de unos pocos” se basa en resultados de investigaciones presentadas en el concurso sobre “Políticas fiscales, élites y desigualdad” desarrollado en 2017 por Oxfam y CLACSO. La lupa está puesta en el rol que juegan las

élites para incidir en las medidas fiscales, estrategia central para redistribuir la riqueza y luchar contra la desigualdad.

Admitir que haber nacido en una posición cómoda no es ningún mérito nos ayuda a ver las cosas de otra forma, principalmente a entender al otro. Ese otro que no es de otro mundo, ese otro que es persona y que además de intentar sobrevivir se tiene que aguantar las estigmatizaciones que posee por su color de piel, su ropa o forma de hablar. Es el trapito que te quiere lavar el auto e ignoras, es la piba que te quiso vender medias y te asustó, es ese wacho que parecía que te iba a robar y entonces cruzaste de vereda. Son todos, todos los que crees que están ahí por algo, porque quieren o porque es la que hay, son esos, los que no tienen voz porque si gritan se los llevan presos, es el otro, aquel que quieras o no vive y forma parte del mismo mundo que vos, y por sobre todas las cosas es persona y tiene derechos.

Esa es para mí la crisis, la profunda desigualdad, el mundo de los ciegos y los callados. Pero también es el mundo en el que de a poco algunos van despertando, se cuestionan todos los casos y no aceptan el pensamiento común en nombre de los porque sí irracionales y tradicionalistas. Es el mundo que parece estar dividido en dos y no entiende que es uno, es el mundo blanco y negro, derecha e izquierda, es el mundo donde los grises deben tomar una decisión importante. Es el país en donde la gente ya está harta y quiere transformaciones reales, nuevas ideas, aceptación, seguridad, igualdad. Sobre todas las cosas igualdad, y para eso, es necesario salir del sillón, apagar la tele, observar, entender otros puntos de vista y luchar, por un mundo más justo, en donde la preocupación sea pensar por uno mismo ya que hambre, salud, casa y rentabilidad no nos va a faltar.